LA CAMPAÑA DE 1225 Y EL PRIMER CERCO DE JAÉN POR FERNANDO III

Por *Juan Eslava Galán*
Consejero del Instituto de
Estudios Giennenses

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS.

En 1212 las fuerzas cristianas de la península aniquilaron al ejército almohade en las Navas de Tolosa. Este previsible y sangriento episodio fue pródigo en consecuencias. A los pocos años, el imperio almohade se deshizo y Al-Andalus se desmembró en un mosaico de poderes regionales militarmente inoperantes que quedaban a merced del cada vez más fuerte enemigo cristiano.

En 1223 falleció el califa almohade al-Mustansir sin dejar heredero. Inmediatamente las luchas dinásticas dividieron el campo musulmán y la descomposición del imperio almohade se precipitó. En Al-Andalus se sublevó al-'Ādil, gobernador almohade de Murcia, que fue reconocido por algunos magnates andalusíes y africanos. Sin embargo muy pronto su autoridad fue contestada por al-Bayyāsī, gobernador de Jaén-Córdoba, al que reconocieron inmediatamente las ciudades del Alto Guadalquivir. Castilla examinaba con mirada atenta todos estos sucesos y su cronista anotaba: «las discordias y mortales enemistades, sectas y nuevas rivalidades habían nacido entre los moros».

El momento era propicio y Fernando III se decidió a reanudar la expansión castellana por el sur a costa de los estados musulmanes. La estrategia de Fernando III repetiría en parte los pasos de su predecesor Alfonso VII aunque evitando los errores que llevaron a la pérdida de las conquistas que éste había conseguido al sur de Sierra Morena. Procediendo con exquisita

cautela, Fernando III contestó a las peticiones de auxilio con que lo requería al-Bayyāsī enviando una pequeña expedición que él mismo capitaneaba, a finales del verano de 1224. La situación de al-Bayyāsī era desesperada. En una fácil campaña al- 'Ādil le acababa de arrebatar todas sus posesiones excepto Baeza y era previsible que, si no recibía ayuda de Castilla, pronto sería despojado también de esta ciudad. Fernando III se entrevistó con Al-Bayyāsī en Sierra Morena y los dos monarcas acordaron atacar Quesada. Los expedicionarios atravesaron las tierras de Baeza, remontaron el curso del Guadalquivir y cayeron sobre Quesada que fue tomada fácilmente. Allí obtuvieron cuantioso botín en bienes muebles y prisioneros. Esta ganancia serviría para excitar a los castellanos que en lo sucesivo atacarían Andalucía en campañas casi anuales.

2. LA CAMPAÑA DE 1225.

Terminada la campaña de Quesada Fernando III regresó a Toledo. Un contingente de hombres de armas castellanos había quedado en Baeza para tutelar los intereses de Castilla y auxiliar a su aliado al-Bayyāsī ante el previsible ataque que los almohades lanzarían de nuevo sobre las posesiones del reyezuelo rebelde.

En efecto, a poco de retirarse Fernando III un contingente de tropas regulares partió de Sevilla y se presentó ante Baeza. Una simple demostración de fuerza de las tropas cristianas y musulmanas de al-Bayyāsī bastó para que los almohades se retirasen sin profundizar siquiera en el territorio baezano (1). Este episodio confirma la falta de entusiasmo de los combatientes almohades, probablemente andalusíes, que al- 'Ādil intentaba oponer a Castilla.

El prestigio militar conseguido por Castilla en su campaña se unía a la sensación de impotencia que se apoderó de Al-Andalus para labrar el pánico de sus gobernantes. El reyezuelo de Valencia Abu Zayd, hermano menor de al-Bayyāsī, se declaró vasallo de Fernando III comprendiendo que éste era el único modo de salvaguardar sus dominios frente al expansionismo castellano (2).

---

(1) GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, «Reinado y diplomas de Fernando III, I. Estudio». *Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba,* Córdoba, 1980, pág. 295.

(2) BALLESTEROS, Manuel, «La conquista de Jaén por Fernando III», Revista *Cuadernos de Historia de España, Instituto de Historia de España,* Buenos Aires, 1953, págs. 84-85. GONZÁLEZ, Julio, *Op. cit.*, pág. 295.

Estos signos de debilidad de Al-Andalus y la brillante perspectiva de fácil ganancia que el botín y cautivos de Quesada parecían prometer, promueve en Castilla un entusiasta movimiento en fervor de la guerra contra los musulmanes.

A primeros de mayo de 1225 Fernando III estaba en Toledo preparando una nueva campaña, esta vez con más poderosos medios que la anterior (3). Por San Juan, 24 de junio, salieron los expedicionarios de Toledo y volvieron a pasar Sierra Morena por el Muradal.

Nuevamente al-Bayyāsī había acudido a esperar a Fernando III en los puertos y allí se le ofreció como vasallo formalmente. El rey de Castilla recibiría homenaje de al-Bayyāsī a fines de junio de 1225 (4). Con ello el incipiente reino de Baeza pasaba a ser, ya oficialmente, un estado satélite de Castilla. Por este pacto al-Bayyāsī se comprometía a entregar a Fernando III el castillo de Martos y las ciudades de Andújar y Jaén, ésta cuando la recuperara, amén de otras fortalezas menores (5).

Unidas las fuerzas de Castilla y Baeza (puesto que el vasallaje obligaba a prestar asistencia militar a Castilla), los expedicionarios fueron contra Jaén y le pusieron sitio.

No está muy claro el itinerario que siguió Fernando III para ir de Vilches, avanzada castellana en Andalucía, a Jaén. Julio González opina que sería por tierras de Baeza (6), consecuencia lógica del vasallaje recien contraído. El ejército podría marchar libre de cuidados y contando con la colaboración de la población.

Lo más probable es que Fernando III se dirigiera contra su primer objetivo lo más directamente posible. En este caso bajaría hacia el sur siguiendo la ribera derecha del Guadalimar por donde discurre un tramo de la antiquísima vía que albergó la calzada romana que iba de Cádiz a Levante y que pasa por Cazlona (la antigua Cástulo), lugar probablemente despoblado en 1225. Allí había un castillo que sería de Baeza y muy buenos vados, los famosos de Majadāt al-Fath (7), por los que cruzaría el ejército. Después de atravesar el paisaje de suaves lomas de Torreblascopedro baja-

(3) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 88, y GONZÁLEZ, *Op. cit.*, pág. 296.

(4) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 89, y GONZÁLEZ, *Op. cit.*, pág. 296.

(5) GONZÁLEZ, J., *Op. cit.*, 296.

(6) *Ibidem.*, pág. 297.

(7) HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Félix, «Acerca de Majadat Al-Fath y Saguyue», Revista *Al-andalus*, XXIX, 1964, págs. 1-21.

rían al Guadalquivir y lo vadearían por Torralba. Es imposible fijar con seguridad la incierta frontera del reino de Baeza. Al pasar el gran río ya estaban probablemente en territorio de Jaén y aquí empezarían las devastaciones. En esta época debían ser ya despoblados los núcleos medievales de Peñaflor y Torremocha, pues de otro modo habrían sufrido la violencia de los expedicionarios y probablemente se reflejarían en las crónicas. Los invasores atravesaron el Guadalbullón, quizá por la zona del Puente Nuevo, y pronto distinguieron los muros y alcazaba de Jaén. Una crónica recoge la noticia de la expugnación de una torre: *e posieronle fuego: e morieron y los moros todos que ende auia quemados, e despeñauanse e recogien los en las lanças* (8). Sobrecoge el relato de esta innecesaria crueldad de los expedicionarios en el momento de producir, como en un rito, la primera sangre de la campaña. Este episodio pudo ocurrir en cualquiera de las muchas alquerías castellanas de esta zona, muy rica, que debió estar densamente poblada de hombres y caminos en época musulmana.

3. EL SITIO DE JAÉN.

Alfonso VII había cercado Jaén en varias ocasiones sin éxito. La ciudad estaba protegida por fuertes murallas, construidas por los almorávides hacia 1125 y contaba con abundantes recursos internos, lo que dificultaba tremendamente la empresa de rendirla.

El sitio de Jaén ha sido presentado por algunos historiadores como el principal objetivo de la expedición de 1225. Intentaremos explicar los motivos que nos llevan a discrepar de esta opinión.

Parte de las crónicas de la época silencian este episodio (9), o le conceden escasa importancia. Por supuesto cabe interpretar este hecho como un silencio interesado de cronistas que no desean poner de relieve un fracaso del bando propio. Pero el hecho es que Jaén sufrió muy pocos días de asedio y esta es una prueba decisiva de que Fernando III no tenía todavía intención de intentarlo en serio. Julio González apunta esta idea cuando indica: *parece que el asedio tenía por objeto facilitar el trabajo de razia en la comarca* (10).

---

(8) *Crónica General*, versión de Ocampo.

(9) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 91.

(10) GONZÁLEZ, J., «Las conquista de Fernando III en Andalucía», Revista *Hispania*, núm. XXI. Madrid, 1946, pág. 548, nota 52.

La expedición había salido de Toledo hacia el 24 de junio. Si les concedemos jornadas de 25 kilómetros diarios llegarían a Vilches hacia el 1 de julio y estarían frente a Jaén el 3 o el 4 del mismo mes.

La expedición estaba de regreso en Toledo hacia el 5 de septiembre. Su última etapa había sido Mengíbar. Si en este trayecto invirtieron unos ocho días, estarían en Mengíbar alrededor del 25 de agosto. Antes de emprender el regreso se detendrían quizá durante un par de días para hacer efectivos los pactos de entrega de plazas que había suscrito al-Bayyāsī en las Navas de Tolosa. Anteriormente habían estado en Montijar (¿La Guardia?). Dos días de camino nos dan la fecha aproximada del 22 de agosto. Siendo así estarían en Pegalajar el 21 y en Arbuniel, dos días de camino difícil, el 19. En Montejícar, a dos días de camino de Arbuniel, estarían el 17, procedentes de los alrededores de Granada. Calculemos otros dos días de camino, 48 kilómetros, y supongamos que en la devastación de la vega de Granada y pacto de retirada invirtieron cuatro días. Habrían llegado a Granada sobre el 11 de agosto. Procedían de Alhama. Concediendo dos días de camino para este tramo (54 kilómetros) y otro para arrasar Alhama, población que habían encontrado abandonada, nos remontamos al 8 de agosto. Antes habían asediado Loja, donde quizá se demoraron cinco días, del 1 al 4 de agosto, concediendo el 5 y el 6 para el camino hasta Alhama que está a 32 kilómetros de Loja. El 30 y el 31 de julio serían de camino entre Priego y Loja. El asedio de Priego había sido largo. Quizá ocupó desde el 24 de julio (cinco días). Estarían en Alcaudete el 23, el 22 en Víboras y en Martos el 21. En tal caso abandonaron el asedio de Jaén el 20 de julio. De acuerdo con estos cálculos, que sólo pretenden ser indicativos, el sitio de Jaén pudo durar unos dieciséis días (del 5 al 20 de julio aproximadamente), y si los sitios de Loja y Priego, para los que hemos calculado tan sólo cinco días, se prolongaron algo más significaría que el de Jaén fue incluso más corto de lo que hemos calculado. Aunque nuestras deducciones sean hipotéticas creemos que demuestran la imposibilidad material de un largo y difícil asedio sobre Jaén en 1225 y que vienen a confirmar la tesis de González Gónzalez cuando cree que el asedio de Jaén no tendría mayores alcances que facilitar el arrasamiento de la tierra que alimentaba a la ciudad (11).

Admitamos, pues, que en 1225 Fernando III sitió fugazmente Jaén. El objetivo de esta operación sería doble. Por una parte estudiar las defensas

(11) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 92, es de otra opinión. Para él Fernando III intentó tomar Jaén en 1225 y sólo la denodada resistencia de los sitiados lo obligó a *levantar el cerco y buscar otros lugares que conquistar.*

de la ciudad cuya posesión se revelaba como el problema fundamental que Castilla tenía que resolver antes de emprender la conquista del valle del Guadalquivir. Por otra parte Fernando III trataba de reblandecer la moral de la ciudad y su capacidad de resistencia mediante la sistemática devastación de sus contornos. Era la preparación previa necesaria antes de emprender el asedio definitivo.

Cuando Fernando III la avistó por vez primera, Jaén era una floreciente ciudad rodeada de fértiles huertas que ocupaban todas las riberas del vecino Guadalbullón y las suaves llanuras que se extienden entre la ciudad y la parte de Mengíbar. En lo que hoy es casco moderno de la ciudad, es decir desde la calle Millán de Priego, se extendían las huertas del Poyo y de la Ribera, huertas que existieron hasta principios de nuestro siglo y que estaban regadas con agua de manantiales que brotaban intramuros, principalmente el de la Magdalena. Estos fértiles campos han sido hoy ocupados en parte por la ciudad y en parte por recientes olivares.

El ejército cristiano llegó en el momento más inoportuno para los jiennenses y esta coincidencia no sería fortuita. En los primeros días de julio estarían comenzando a segar los campos y las primeras parvas se amontonaban en las eras cerca de las murallas. *E estonces quemaron los cristianos las fazinas que tenien cabo la villa, e todas las paruas que trillaban que no les fynqo cosa alguna fuera del muro* (12).

El territorio en torno a Jaén estaba densamente poblado, como toda zona de huertas, y esta población que tenía sus viviendas fuera de las murallas se recluiría dentro de la ciudad. Recordemos que un geógrafo antiguo se refiere a las tres mil alquerías que había en los alrededores de Jaén. Los cristianos *quemaron todas las casas que estauan çerca de la uilla asy que non finco ninguna cosa fuera de ella* (13).

El incendio de los cereales y el arrasamiento y tala de las huertas significaron que la ciudad y su territorio quedaban condenados a pasar hambre el próximo invierno. La tala de frutales y de moreras junto a la ciudad y por el Guadalbullón y la destrucción de los sistemas de irrigación significaría un brusco descenso de la producción de fruta y seda que suponían dos actividades económicas fundamentales en el Jaén musulmán. La ciudad no se repondría fácilmente de este estrago (14).

---

(12) *Crónica General*, Ocampo.

(13) Cfr. Manuscrito matritense. Los datos sobre alquerías en torno a Jaén procede de Idrisi, «Geografía de España», *Textos Medievales*. Valencia, 1974, pág. 41.

(14) GONZÁLEZ, J., *Reinado...*, pág. 297.

Arrasado y ennegrecido el territorio en torno a la ciudad, los expedicionarios cristianos enviaron cabalgadas de reconocimiento y saqueo a puntos más lejanos como la sierra de Susaña, denominación ésta que se refiere a la zona montañosa que empieza en Los Villares y se extiende hacia el Sur, zona donde había fértiles vegas que podrían contribuir a la alimentación de la ciudad. Lo que dice la crónica: *e el rey auie toda essa tierra astragado fasta Guadalbullon, e fasta las sierras de Susaña* (15), indica el ámbito de las destrucciones que practicaron los cristianos en los días que tuvieron sitiado a Jaén.

Regresemos ahora al sitio de la ciudad. Los datos que nos ofrecen las crónicas permiten localizar con bastante precisión los emplazamientos de los campamentos cristianos en torno a Jaén. Los concejos de Cuellar, Segovia, Sepúlveda y Avila, tropas de inferior calidad, fueron dispuestos en el lugar más fácil de vigilar: el Sur de la ciudad cuya Puerta (la de Granada), habrían tapiado los sitiados probablemente. Por este lado no era de temer ninguna salida importante de los defensores, máxime cuando además se interponía el formidable foso natural del Barranco de los Escuderos. Las milicias de Avila se instalaron en el llano de la Alcantarilla *en aquella plaza que se faze cerca de las huertas contra Castro* (16). Este último topónimo se refiere a la albacara de las peñas de Castro todavía conocidas hoy por tal nombre (17).

El campamento principal, con las tropas reales y señoriales y las de las órdenes militares, se instaló en el Fonsario, es decir, la parte de la ciudad que mira al Norte y al Este, una vega sin relieves por donde discurrían las aguas de la Magdalena.

Un tercer campamento debió instalarse en la prolongación del cabezo de Santa Catalina, donde ahora está el Sanatorio de El Neveral y las rocosas colinas colindantes. Este campamento, directamente enfrentado al castillo y guardando sus accesos, constituía la posición más peligrosa como manifiesta la *Crónica de Avila* en una anotación referida al segundo asedio de Jaén (18).

---

(15) *Crónica General.* Ocampo.

(16) «Crónica de Avila». Edición e índices por Amparo, Hernández Segura, Col. *Textos Medievales,* 20. Valencia, 1966, pág. 41.

(17) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 92. *Crónica de Avila,* pág. 41 y 45.

(18) *Crónica de Avila,* pág. 45.

4. VICISITUDES DEL ASEDIO DE JAÉN.

El número de combatientes que defendían Jaén, según las crónicas cristianas, era de 3.000 caballeros y 50.000 peones musulmanes y 160 caballeros cristianos al mando de don Alvar Pérez de Castro. Nos parece cifra exagerada como casi todas las que los cronistas de un bando dan de los efectivos del otro con ánimo de aumentar el mérito de la victoria o de disculpar la derrota. Es evidente que la relación de fuerzas (en la que no sólo cabe considerar el número sino también la calidad), se inclinaba decididamente en favor del bando cristiano puesto que, de lo contrario, los sitiados no habrían asistido impasiblemente al arrasamiento de su economía y habrían planteado una batalla campal incluso mucho antes de que el ejército llegase a sus muros. La facilidad con que vemos a Fernando III pasar de un lado a otro arrasando y saqueando sin encontrar oposición, pone de manifiesto el estado de postración y el vacío de poder en que había quedado Al-Andalus después del desmoronamiento definitivo del poder almohade.

Fernando III instaló sus campamentos y prohibió a sus hombres que se aproximasen a la barbacana. Su plan consistía en mantener encerrados a los sitiados el tiempo necesario para que sus columnas volantes devastasen los campos y las huertas.

Los sitiados adoptaron la táctica que cumplía al caso: hostigar a los cristianos organizando golpes de mano contra sus campamentos. Los cronistas admiten una cierta efectividad de los jiennenses que *venien fasta las tiendas, et matauan omes e lleuauan bestias e fazien daño* (19). La *Crónica de Avila* nos cuenta como en una de estas salidas los musulmanes mataron a dos caballeros abulenses y robaron las tiendas de otros, aunque la reacción de los atacados fue igualmente contundente (20). También tenemos noticia de una celada urdida por los cristianos. Se trata de la consabida maniobra, síntesis de toda la guerra antigua, que consiste en exponer un grupo reducido de combatientes para que el enemigo caiga sobre él y se vea arrastrado en su persecución al lugar donde aguarda, apostado, otro grupo de combatientes mucho más numeroso, o en palabras de la crónica: *el rey ouo su consejo e dio dozientos caualleros que derranchasen con ellos e trezientos otros caualleros que los acorriesen* (21). Un detalle tremendamente rea-

(19) *Crónica General.* Ocampo.

(20) *Crónica de Avila,* pág. 42.

(21) *Crónica General.* Ocampo.

lista que ilustra la obcecada furia de estos combates: cuando los moros huyen a refugiarse en la ciudad, algunos caballeros los persiguen y *entraron dentro con ellos feriendo e matando, e ella tomaron dentro muerte* (22). Las cifras de bajas musulmanas que da la crónica de este episodio —180 caballeros y 2.000 infantes, prisioneros— parecen algo hinchadas aunque es posible que la conclusión sea justa: *e desta guisa escarmentaron los moros que non osaron empues salir al real* (23).

Muchos de los sitiadores, especialmente las tropas de las milicias concejiles, no estaban acostumbrados a los sutiles ejercicios de estrategia de la aristocracia guerrera que dirigía las operaciones y no entendían la aparente irresolución de Fernando III a lanzar un asalto general contra la plaza. No olvidemos que habían acudido al asedio muy estimulados por la codicia de ganancias fáciles como las que la expedición del año anterior hicieran en Quesada. En efecto *fue la gente tan mouida a combatir la villa que los non podien asosegar* (24). Para atemperar a la gente y evitar las murmuraciones que acusaban a la aristocracia de estar en connivencia con los sitiados y quizá también para escarmentar a los murmuradores, el rey lanzó un asalto de cuya ineficacia seguramente no dudó ni por un momento, *mas por lo que dezien que non porque fuesse guisado* (25), asalto que, naturalmente, se estrelló contra las defensas de Jaén. El cronista admite que allí murieron muchos caballeros cristianos. Con todo los asaltantes *allanaron las cauas* (= fosos), *que eran fondas: e furacaron* (= horadaron) *las barbacanas* (= antemuros). Estos resultados parecen exagerados y tendentes a disimular el descalabro cristiano que fue completo. Si los asaltantes no iban provistos de máquinas de asedio, como la crónica de Ocampo, confiesa *(no estauan nin uenien guisados para çercar villa ninguna pues non trayen engeños)* (26), y la gran movilidad del ejército en toda esta campaña revela, no tenía sentido rellenar el foso, operación siempre costosa en vidas humanas y que posibilita la aproximación de máquinas. Tampoco tenía objeto horadar el antemuro que sería de calicanto, como la muralla. Un asalto sin máquinas se intentaba con la sola ayuda de escalas.

(22) *Ibidem.*

(23) *Ibidem.*

(24) *Ibidem.*

(25) *Ibidem.*

(26) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 95.

5. LAS DEFENSAS DE JAÉN.

La Crónica General nos presenta a Jaén como una ciudad *bien enfortalescida et bien encastillada, de muy fuerte et muy tendida cerca et de muy fuertes torres.* Por las descripciones del primer sitio sabemos que su caserío estaba defendido por un foso profundo, un antemuro y un muro.

La muralla de Jaén había sido construida por los almorávides poco después de 1125. En este año implantaron un impuesto *(ta'tib)* que tenía por objeto sufragar los gastos de fortificación en una serie de ciudades importantes de Al-Andalus. A este ambicioso programa constructivo, que luego completarían los almohades, se debió la erección de las cercas de la Ajarquía de Córdoba, Sevilla, Jaén y, probablemente, Écija, Jerez de la Frontera y Niebla (27).

6. PROSECUCIÓN DE LA CAMPAÑA.

Después de levantar el sitio de Jaén, los expedicionarios fueron contra Martos, población que respetaron a ruegos de al-Bayyāsī (28). Lo mismo ocurriría con Víboras y Alcaudete. En el naufragio de los últimos vestigios de un poder central en Al-andalus, las autoridades de estos lugares no dudarían en acatar y prometer obediencia a al-Bayyāsī que se les presentaba respaldado por el ejército cristiano. Es evidente que en cierto modo el rey de Baeza utilizaba la fuerza de Castilla para obtener objetivos propios. Esta consideración, contemplada a la vista de acontecimientos posteriores, se modifica radicalmente: al-Bayyāsī estaba hipotecando las plazas fuertes claves de su ambiguo reino y las entregaba a Castilla a cambio del dudoso medro de sus dominios a costa del vacilante poder almohade.

Aceptemos pues que si alguna tibieza empañaba la lealtad que los marteños presentaban a la causa del reyezuelo de Baeza, ésta se tornó en devoto sometimiento ante la presencia del ejército cristiano. Los cronistas anotan que Fernando III respetó Martos a ruegos de al-Bayyāsī. El rey de Castilla contemplaría con interés la inexpugnable peña desde cuya cima fortificada se columbra gran parte del reino de Jaén. Es evidente que conocía bien las inmejorables condiciones defensivas de Martos y su gran valor estraté-

(27) TORRES BALBAS, Leopoldo, «Ciudades Hispanomusulmanas», *Instituto Hispanoárabe de Cultura,* tomo II, pág. 478.

(28) GONZÁLEZ, J., *Reinado...,* pág. 297.

gico puesto que la había incluido, junto con Andújar, entre las plazas que recibiría de al-Bayyāsī por virtud del Pacto de las Navas.

El ejército cristiano saldría de Martos por el camino viejo de Fuensanta, que seguía, aproximadamente, el trazado de la carretera actual durante unos dos kilómetros. Allí se bifurcaba. Los cristianos tomarían el ramal de la derecha, que va paralelo al arroyo del Gato, dejando a su diestra los Calderones y Piedras Cobos y los cerros Castillejos y Cornicabra. Llegaba al lugar de la Carrasca y se desviaba en dirección oeste, dejando al sur la loma de la Huesa. Al llegar al piedemonte del cerro de San Cristóbal torcía hacia el sur y bajaba al castillo de Víboras. En la última parte del trazado persiste un tramo de casi medio kilómetro de camino empedrado medieval que está en muy mal estado.

Víboras era un castillo y población cuya única razón de ser era la guarda de un punto estratégico. Algunas crónicas sostienen que una cabalgada cristiana lo había robado el año anterior, cuando la campaña de Quesada (1224). Se deduce que después de este ataque el lugar había vuelto a la obediencia de al-Byyāsī, o que decidió volver cuando vio llegar nuevamente a los cristianos, puesto que esta vez el reyezuelo de Baeza consiguió de Fernando III que pasase de largo sin atacarlo (29). De Víboras salía un camino en dirección oeste, bordeando el río Víboras, y antes de llegar al arroyo del cerro de Las Palomas vadeaba el río, que es de poco caudal, y proseguía hacia el sur dejando el cerro Utrera, último de la sierra de La Caracolera, a su izquierda. Continuaba el camino por el piedemonte hasta la loma Castania, que dejaba a la derecha, y desde este punto seguía hasta Alcaudete. Restos del camino, empedrados, se ven a la derecha de la carretera mencionada, yendo de Alcaudete a Martos.

Alcaudete era una importante población musulmana y un castillo (madīna y haisn) (30), cuya importancia estratégica se había puesto de manifiesto ya desde los días de la rebelión muladí (31). Esta importancia crecería cuando se estabilizase la frontera entre Castilla y Granada en el siglo XIII. Fernando III cedió también la población a al-Bayyāsī *mas con tal preyto que non demandase mas* (32).

(29) GONZÁLEZ, J., *Conquistas...*, pág. 548.

(30) TORRES DELGADO, Cristóbal, *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*. Ed. Anel. Granada, 1974, pág. 340, 341.

(31) ARJONA CASTRO, Antonio, «La Cora de Córdoba», Actas del Primer Congreso de Historia de Andalucía, tomo I (Andalucía Medieval), pág. 63.

(32) BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 96.

Las poblaciones que en lo sucesivo sufriesen la presencia del ejército expedicionario no podrían, pues, recurrir al desesperado expediente de ponerse bajo la protección del rey de Baeza —reconociendo su autoridad— para escapar al saqueo. La primera ciudad que alimentó la codicia del ejército castellano fue Priego (de Córdoba). En esta próspera población vivían ricos almohades. Sus habitantes, confiando en que podrían resistir un asedio, como tenían noticias que había hecho Jaén, y quizá alentados por el inevitable triunfalismo con que los jiennenses saludaron el levantamiento del cerco de su ciudad unos días antes, opusieron enconada resistencia. Las crónicas cristianas hablan de un largo asedio de Priego que, como veíamos antes, no pudo ser tan largo. Finalmente los cristianos asaltaron la ciudad con éxito y la conquistaron. Una parte de sus habitantes continuó resistiendo en la alcazaba hasta que llegaron a un acuerdo con los conquistadores, acuerdo en el que medió al-Bayyāsī. Consintieron en entregar a Fernando III un rescate de 80.000 maravedíes y un grupo de rehenes escogidos entre personas principales de la ciudad (33). El rey castellano, siempre escaso de dinero, accedió.

Después de lo de Priego marcharon los expedicionarios sobre Loja, otra ciudad que opuso enconada resistencia antes de ser tomada por asalto y pasada a cuchillo su población (se calculan unas 13 ó 14 mil bajas entre sus habitantes). Fernando III la mandó destruir. La efectiva práctica militar de Fernando III se manifestaba en estos asedios: si una ciudad no oponía resistencia, sus habitantes eran tratados con cierta benevolencia pero si, por el contrario, resistía, se exponía a sufrir una matanza y saqueo general cuando la tomaran. Usando esta estrategia, que los aragoneses también empleaban con éxito en Levante, se conseguía reblandecer la voluntad de resistencia que pudiese haber en otros lugares limítrofes. Este fue el caso de Alhama, ciudad que, a los dos días de la conquista de Loja, los expedicionarios encontraron desocupada porque su población había huido en masa al tener noticia de lo ocurrido en Loja. Sólo se detendría Fernando III en ella el tiempo necesario para saquearla y demoler el castillo.

Alhama fue el punto más meridional que alcanzaron los expedicionarios. De allí torcieron hacia el Este en busca de las fértiles y pobladas tierras de la Vega de Granada. Sin encontrar oposición alguna se establecieron en la vega y comenzaron a devastarla sistemáticamente como hicieran anteriormente con la de Jaén. A los tres días los notables de la ciudad decidieron

(33) GONZÁLEZ, J., *Conquistas...*, pág. 549.

pactar con el rey para que se retirase sin causar más daños. Alvar Pérez, el castellano desnaturado que había participado unos días antes en la defensa de Jaén, fue el encargado de las negociaciones en nombre de los musulmanes. Los cronistas señalan que el precio de la retirada fue la entrega de todos los cautivos cristianos que había en la ciudad de Granada (1.300). Las fuentes parecen indicar que de aquellos tratos entre Alvar Pérez y Fernando III surgió la avenencia de rey y vasallo. Alvar Pérez volvió a la obediencia de Castilla y el rey lo distinguió con importantes cargos. No existen pruebas de que esta avenencia fuese anterior y de que Alvar Pérez obrase, ya de antiguo, en connivencia con el rey castellano.

Después del trato de Granada Fernando III decidió regresar a Castilla. Lo apremiaba la estación y la creciente impedimenta, principalmente botín, que arrastraba el ejército. El camino de vuelta lo hicieron por Montejícar que en las crónicas aparece como *montesycar* (34), *Montijar* (35) y *Montificar* (36). Esta localidad, al sur de Huelma, fue también asolada.

Desde Montejícar prosiguieron hacia el Norte bordeando la sierra de Lucena por su piedemonte Este y dejando a la izquierda las lomas de Utrera. Seguirían el camino antiguo llamado de Jaén o de Montejícar que es la comunicación natural con Arbuniel. También devastaron este pequeño núcleo de población.

Desde Arbuniel saldrían en dirección Noroeste por el actual camino de San Marcos o por el paralelo de La Loma, donde hay un buen manantial, y luego seguirían el curso de las aguas del río Arbuniel, que serían magras en aquella época del año, hasta su confluencia con el río Cambil. Lo atravesarían y manteniéndose en dirección noroeste bordearían la loma del Gato por el antiguo camino realzado que allí existe pasando a dos o tres kilómetros de Cambil, otro castillo musulmán que debieron respetar puesto que no aparece en las crónicas. Es seguro que tenían prisas por regresar y que el volumen de botín y cautivos que arrastraban no les aconsejaba desviarse en el camino de regreso. Dejando la altura de Piedra Romera a su derecha bajarían por el cauce de la Torrentera y seguirían el antiguo camino que, paralelo a la carretera Jaén-Granada, lleva a la loma de la Cabeza, hoy coronada por esbelta atalaya que no existía cuando Fernando III pasó por

(34) Según Ms. matritense. Cfr. BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 98.

(35) *Crónica General.* Ocampo.

(36) Manuscrito de Lisboa. Cfr. BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 98.

allí. Desde este lugar enderezarían nuevamente el camino hacia el norte y pasando por las Covarillas de la Mezquita caerían sobre Pegalajar otra población musulmana rodeada de huertas.

Al norte de Pegalajar, que en las crónicas aparece como *pegofajar* (37) o *Pegolfajali* (38), se extiende la formidable muralla natural que forma la sierra del mismo nombre. Esta cadena montañosa impedía el paso de los expedicionarios. Tuvieron que bordearla por su piedemonte en dirección Oeste y este camino, que existe aún hoy y es de uso agrícola, los llevó, cruzando la actual carretera, a La Guardia. El nombre de este pueblo se remonta tan sólo a la Baja Edad Media, cuando era Guardia de Jaén frente a la cercana frontera del reino nazarita de Granada. ¿Cómo se llamaba con anterioridad? Tradicionalmente se ha venido defendiendo la identificación La Guardia = Mentesa. Ultimamente se alzan algunas voces que defienden la candidatura de Jaén. La crónica se refiere a un *Montijar* asolado por los cristianos después de Pegalajar que, a nuestro juicio, no puede ser otro que La Guardia. Como queda explicado más arriba nos apoyamos en una razón más geográfica que lingüística. Si los expedicionarios hubiesen bordeado la sierra yendo hacia el Este, habrían tenido que dar un gran rodeo, puesto que ésta se continúa por el cerro de la Artesilla hasta las proximidades de Mancha Real. Tomar este camino los hubiese desviado del Guadalbullón que era el río y vía fácil que venían buscando. Siguiendo su curso hasta el Guadalquivir regresarían al camino del Muradal que los llevaría de nuevo a Castilla.

Hay algunos autores que igualmente identifican Montijar = La Guardia, basándose, principalmente, en razones lingüísticas (39).

Es de suponer que en Arbuniel, Pegalajar y La Guardia, lugares que probablemente encontrarían evacuados de habitantes, asolarían las defensas. Estas no debían ser importantes excepto quizá en La Guardia donde existía desde la antigüedad un castillo. Lo cierto es que los restos de murallas que se observan hoy en Pegalajar y La Guardia pertenecen a una etapa posterior, cristiana.

---

(37) Ms. Matritense. Cfr. BALLESTEROS, *Op. cit.*, pág. 98.

(38) *Crónica General.* Ocampo.

(39) L.F. Retana la sitúa «al norte de Córdoba, en la raya de Jaén», para Manuel Rodríguez «Montijar es hoy La Guardia»; para Aguirre «entre Granada y Jaén (está) y quizá sea Mantisa o Mentesa (La Guardia), Cfr. AGUIRRE SADABA, F. Javier y JIMÉNEZ MATA, M.ª del Carmen, «Introducción al Jaén Islámico (Estudio Geográfico-Histórico)», *Instituto de Estudios Giennenses.* Jaén, 1979, pág. 232.

Desde La Guardia el ejército siguió aguas abajo del Guadalbullón, atravesando las devastadas riberas que talaran e incendiaran dos meses antes. Entre La Guardia y Mengíbar arrasaron un castillo que el manuscrito matritense llama *teua* y Ocampo *Cateua*. Debe tratarse de Grañena, a la orilla misma del río. Los otros núcleos medievales de que tenemos noticias en este sector son Peñaflor y el Villar de Cuevas ambos quizá demasiado alejados del río para merecer la atención de los expedicionarios y en el caso de Peñaflor, además, total o parcialmente despoblado.

Con la destrucción del castillo de Mengíbar se remataba el desmantelamiento de las fortalezas que defendían Jaén frente al Muradal (Estiviel, Iznadiel y Espeluy habían sido destruidas el año precedente), aunque, de todos modos, habida cuenta de la escasa capacidad de respuesta que el poder almohade estaba demostrando frente a Castilla, el dispositivo defensivo que instalaron los almorávides no parecía estar en condiciones de proteger al territorio de la invasión cristiana.

El ejército expedicionario cruzaría el Guadalquivir por los vados de Iliturgi, frente al cabezo de Estiviel.

7. LA ENTREGA DE ANDÚJAR Y MARTOS.

Ya en tierras del reino de Baeza, Fernando III permitió a las milicias concejiles que regresaran a Castilla y él quedó con el resto del ejército para cumplimentar ciertas cláusulas del Pacto de las Navas. Estas eran las referidas a la entrega de varios castillos y de dos ciudades: Martos y Andújar. ¿Cuándo se entregaron estas posiciones vitales para los intereses andaluces de Castilla? No cabe duda de que la entrega se hizo en 1225, a raíz del Pacto de las Navas, pero en lo que se refiere a la fecha exacta no parece haber acuerdo entre los distintos autores que se ocupan del asunto. Félix Hernández Jiménez propone el período comprendido entre el 23 de marzo y finales de 1225 (posiblemente el 18 de julio para Andújar y el 29 de julio para Martos que son las fechas que la tradición popular y Jimena Jurado señalan) (40). Aceptan las fechas propuestas por Jimena Jurado, Ballesteros y otros. Para Julio González, *la entrega pudo ser en julio o en agosto, pero las que se vienen dando no parecen corresponder a la entrega del alcázar sino a la posesión de la villa.*

(40) HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, Félix, «Estudios de geografía española. Cronología de las primeras conquistas de Fernando III», Revista *Al-Andalus*, 1940, pág. 431.

Esta última opinión nos parece a nosotros la más acertada. Hay que distinguir claramente entre los conceptos villa y alcázar, dos realidades muy distintas en la ciudad medieval y, particularmente, en la musulmana. La posesión del alcázar supone el control militar de la villa y requiere tan sólo el establecimiento de una reducida guarnición. En los casos de Andújar y Martos este control pudo producirse inmediatamente después del Pacto de las Navas. Seguramente las condiciones del tratado incluían el compromiso de Fernando III de ayudar a al-Bayyāsī a recuperar ciertas plazas cuyo dominio habría perdido a raíz de la campaña de al-'Ādil el año anterior, y entre éstas figurarían Vívoras y Alcaudete así como otras que el reyezuelo de Baeza recuperaría posteriormente con ayuda de los cristianos. La entrega de los castillos de Martos y Andújar se haría efectiva antes del comienzo de la campaña propiamente dicha pues su posesión cubría la espalda de los expedicionarios ante posibles ejércitos almohades procedentes de Sevilla. Terminada la campaña y antes de regresar a Castilla, Fernando III tomaría posesión efectiva de las dos ciudades que pasarían a depender de su autoridad a todos los efectos de administración local, fiscalía, demarcación de términos con aldeas y castillos, etc., sin que ello implicase, claro está, el desalojo de sus pobladores musulmanes.

Por la misma época en que una guarnición cristiana tomaba posesión del alcázar de Andújar, otra debió ocupar el castillo califal de Baños (de la Encina), etapa intermedia entre Vilches y Andújar, que es lo que demuestra documentalmente Hernández Jiménez, para el que la entrega de esta fortaleza hubo de producirse entre junio de 1225 y el 17 de enero del año siguiente.